William Zapata M

efectos

j e t l a g

CUENTOS RESCATADOS

c o n t e n i d o

1. EFECTOS JET LAG

"Mayo del 68 cambió al mundo
y el 9-11 lo volvió a dejar como estaba"

La primera vez que vine a Estados Unidos quedé encantado con los autos. Tan último modelo, tan de diversas marcas; tan raros para mí, (acostumbrado a ver sólo Renault y Simcas)... en fin... tan educados y tan bien manejados. Luego, esa fascinación se deshizo y se volvió mancha como los chicles que escupen los transeúntes sobre las aceras de New York. Con el paso del tiempo, me di cuenta que esa calma y ese orden; ese frenar pausado y ese darle siempre la vía al peatón; ese nunca pararse en las cebras de los semáforos, y ese casi nunca pitar, no eran cortesía ni parsimonia, ni mucho menos decencia, sino más bien miedo. Miedo a la policía uniformada y a la policía de civil. Miedo a todas esas cámaras que vigilan el país. Al control endemoniado de los gringos. Punto. Así de sencillo. En resumidas cuentas, miedo siempre a que algo fuera a romperse si uno se movía demasiado y que una mano fuera a agarrarte de la camisa para sacarte a patadas de tu lugar. Luego, efectivamente, comprobaría que este país no era tan cuerdo como me lo imaginaba. Era más bien delirante e implícito. Eso.

De todos modos, fue una hermosa época. El inglés en aquellos años era musical y no ese martilleo cacofónico de las 87 plagas de Egipto de la Chinatown bajofondera, (y exportada del bajo Manhattan al resto del universo). Para entonces, me ganaba la vida paseando los perros de mis tres tíos por las arboledas de Rigo Park en Queens. Todo era contemplación. Pura y divina contemplación. Mi familia se dedicaban a distribuir sus estupefacientes traficados desde Colombia y yo me dedicaba a ganarme el cariño de sus perros de pelea en las tardes, (luego de que mis tíos los estuvieran azuzando por las mañanas para volverlos más bravos). A eso del mediodía, yo iba de casa en casa y sacaba los perros de mis tíos. Les ponía el collar y sus respectivas cadenas y me los llevaba en patota a caminar por el vecindario, donde, debo decirlo de paso, mi familia paterna tenía más de veinte propiedades. No faltaba el día en que los perros se encontraban con otros perros y trataran de devorarse unos a otros. Aquellos eran los días más difíciles. Pero el resto del tiempo eran muy cariñosos los leones afeitados, como les decía yo. *Vengan mis leones afeitados, vengan mis caimanes con cirugía plástica*, era mi saludo matutino para con los perros de mi familia en Estados Unidos. Luego, por las noches, a cobrar mis jugosos salarios.

Para la segunda vez, pude ver las cosas con más

propiedad. Yo estaba más o menos curtido y la posibilidad de haber vuelto a Colombia y viajar de nuevo a Estados Unidos me daba una perspectiva más fresca sobre las diferencias entre un país y el otro. El entendimiento era, digamos, más profundo. Empecé a hacerme preguntas sobre el dinero. Llegué a la conclusión de sus peligros en manos de gente sin educación. ¿De qué sirve tener plata si se es un burro? Me decía. Bueno, es parte de la libertad de esta sociedad, me respondía yo mismo, para mis adentros. Si tú quieres estudias y si tu no quieres no. "Pero no aguantas hambre ni frío como en Cuba, seas educado o no", le dije una vez a cierto amigo por teléfono.

¿Quién dijo que uno se tenía que educar en la vida? Uno no tiene que ser nadie, nada, para merecer amor. Eso es lo que supuestamente te vende como idea el sueño americano. Y es que en verdad uno no tiene que ser alguien, ó algo, para merecer al menos el respeto de los demás. A veces la gente sin educación tiene más modales que aquellos que llevan un diploma pegado en la frente. Ya se sabe que es más difícil ser un caballero que ser un profesional.

En aquella oportunidad, sólo había que caminar por las calles de Nueva York para enterarte de que no hay nadie más insoportable en este mundo que un inmigrante con logros (entendiendo por logros tal vez

un carro del año ó un puesto de empanadas en el ghetto ó un *social security* para poder salir de la jaula en los gélidos eneros del norte), y cuenta que yo lo diga, porque si bien yo no tengo un título, sí tengo 9 de semestres de medicina encima y un buen millar de libros en la cabeza. Casi graduado, digamos. ¿Y de qué me ha servido? ¿Qué son los profesionales bien educados en un mundo como éste, si no tienen un par de pelotas para ir un poco más allá de la media?

Vuelvo a lo de la libertad. A la libertad como se entiende hoy en día. ¿Libertad o libertinaje? Y he aquí donde viene el conflicto. En este país miras a tu alrededor y siempre ves un montón de gente sin educar o mal educados. Pura perversión consumista. Depravaciones. Atentados contra la estética y ruidos visuales. Extralimitación. Imprudencias mediáticas. Muchos aparatos, muchas pertenencias, mucho dinero y poca inteligencia. Demasiada sumisión, puro conformismo del fino; credulidad ante cualquier mentira que flotara en el aire. Libertinaje cultural, llamémoslo así. Trabajar como un puto esclavo toda la semana para irse a clavar una *whooper junior* cada domingo en el *mall* más cercano. Fabricar tu propio cáncer. Hablar el inglés como le salga a uno y no como se pronuncia correctamente, como lo pronuncio yo. Como lo aprendí a pronunciar con harta dedicación.

Tenías que mirar con mucho detenimiento, eso sí, para ver gente del otro lado.

No nos digamos mentiras. Aquí la vida es más respeto que afecto en las relaciones interpersonales. Descuido en la presentación personal y en la calidad humana. Mujeres sin ningún tipo de pudor, con más alcances de los que les corresponden. Tipos sin afeitar por doquier. Melenudos sin aspavientos. Vendedores de drogas y asesinos a sueldo disfrazados de caperucita. Tal vez por eso dejo este testimonio. Para que la gente entienda de dónde viene mi decisión. Para que la opinión pública no crea que he decidido matar a esta otra gente de la nada. Tal vez por eso he decidido encerrarme en este baño y grabar esta video carta.

Fue tal vez en la tercera oportunidad, cuando volví de Colombia, donde empecé a fijarme y a estudiar todos esos asesinos en la tele. Antes los veía y no me decían nada; pero de un momento a otro empecé a entenderlos con una claridad pasmosa. A ellos y a los demás delincuentes. Terroristas, capos de la droga, psicópatas en general. Todos dejando sus testimonios grabados en video-cartas y correos electrónicos y yo que andaba bien sensitivo por lo que llaman hoy en día ¨efecto *jet-lag*¨. Así es. Algunos les da diarrea y se les corre el sueño y a otros se nos corre la teja.

Entonces, sigo. De ese tiempo fue que se me ocurrió la idea. Desde ese tiempo es que vengo arrastrando este proyecto, aunque lo he traspapelado durante largos periodos de tiempo. Pero, de cuando en cuando, vuelve y resucita: me surgen las ganas de hacer algo, de vencer mi pasividad, mi carácter de entidad sumisa; aunque soy consciente de que el crimen mismo, como concepto, es la mejor disculpa para justificar y, por ende, reafirmar la necesidad de los instrumentos de poder. ¿Qué sería del aparato estatal sin los delincuentes? Sin embargo, algo me dijo que debía seguir adelante, pues había jurado no volver a dejar que alguien pasara encima de mí desde aquel otoño de 1994, cuando un italiano se estuvo robando las propinas que los clientes dejaban para el *delivery* y para el cocinero. O sea para mí.

Recuerdo cuando volví a Colombia por cuarta vez. Recién había acabado de ver a mis hijos y a mi ex mujer y el golpe no había sido fácil de asimilar. Hasta la fecha, ellos todavía no podían explicarse cómo podía ella estar económicamente mejor que su padre, si yo soy el que vivo en U.S.A. El día en que nos reunimos en Bogotá, en un restaurante cerca de Maloca, ella se tomó el atrevimiento de enlodarme su plata y su nuevo puesto en la cara. (Pasó de secretaria en una compañía de teléfonos a gerente en solo cinco años). Aquel día terminó pagando la cuenta y se aseguró que los niños lo vieran con sus propios

ojos. La verdad es que yo no tenía mucha plata para entonces. En realidad nunca he tenido mucha plata. Más bien siempre he sido pobre, como una suerte de predestinación. Cuando estudiaba en la universidad, mi grupo de amigos me llamaban El Pobre, de cariño, claro. Lo mismo en el colegio y lo mismo cuando estaba chico en mi barrio natal: por mucho tiempo tuve el apodo de El Chavo, que era un personaje de la televisión muy arrancado, y entonces las madres de mis amigos me ponían como ejemplo a no seguir. Cuando regañaban a sus hijos decían: vea Fulanito de Tal, es que yo no quiero que usted termine como El Chavo ¿A usted le gustaría terminar como El Chavo? Siempre despertando la lástima ¿No? Entonces vaya báñese y haga la tarea si no quiere terminar como El Chavo.

Es muy duro ser pobre, déjenme que les cuente. Lo peor. Odio la pobreza. Aquí en Estados Unidos uno aprende a odiarla. Aquí uno aprende a odiarse a sí mismo como latinoamericano de clase media que es, sobre todo cuando terminás recibiendo órdenes de gente, que de haberse quedado en su país, serían ellos los negros y no vos.

- ¿Mami, por qué pagas tú siempre, si papi es el que vive en Estados Unidos? - preguntó Pablo, el menor, aquel día. Ya está en una de esas edades en que siente la necesidad de asumir ese rol de cuidandero,

pues en términos francos, es el varón de la casa. El único. Los otros dos no cuentan porque salieron afeminados.

- Es que tu papi es un inútil, hijo. Lleva 35 años con los gringos y todavía no tiene donde caerse muerto - Contestó ella. – Se vino a verlos a ustedes justo con los pasajes y no trajo ni una chocolatina del aeropuerto -.

- Ese país no es como lo pintan, Pablo - dije yo. Tratando de explicarle con el tono más adulto que encontré. A los hijos hay que hablarles así – Además, de un tiempo para acá se ha estado arruinando – anoté - desde el 9'11 muchas cosas han cambiado. Es una guerra muy larga, hijo.

Todos se miraron entre sí. Parecía que estos argumentos no le convencían. Entonces, rematé:

- Además me dañé la espalda, tú sabes eso. No puedo trabajar muy fuerte y en mi condición de obrero eso representa a ser un minusválido.

Volví a Nueva York con el corazón en la mano, sintiéndome un fracasado, prometiéndome que la próxima vez que viajara para ver a mis hijos, me irían a ver con los bolsillos llenos. Entonces, traté de volver a los viejos trabajos *handy*, que son los que más plata

dan en el imperio, pero la espalda rota no me dejó. Intenté con una compensación laboral, pero comprobé que el sistema está diseñado para quienes pueden pagar mejores abogados, o sea, para las empresas y los patronos. Empezó la rabia y con el paso de los días se enquistó un odio que nunca pude sacarme. Hasta que una mañana de domingo tomé la gran decisión. Recuerdo que aquel lugar estaba lleno de vendedores de *crack* en las esquinas. Efectivamente me fui a Harlem y me compré un R15 de doble carga con los dominicanos de la 110 Street and St. Nicholas. Me quería vengar del país que me había robado la juventud, me quería vengar de la sociedad que te roba la salud y te quita la sonrisa del rostro. Me quería vengar del país que mató a Pablo Escobar y que encarceló a Carlos Lehder y que a la postre hizo que yo me tuviera que exiliar cuando las calles de Medellín se empezaban a quedar sin efectivo.

Hoy la cosa está tranquila. He sobrevivido al largo invierno con cierto halo de calma (un buen par de putas cada sábado, televisor plasma en la sala y un *freezer* repleto de cervezas y carnes frías importadas para acompañar mi suscripción a *Time Warner Cable*), pero no me he arrepentido ni claudicado en lo que pienso hacer. He estudiado las horas más concurridas del *Burger King* de la esquina, (pero la cosa se me ha ido diluyendo ante la tranquilidad de la

franquicia más decente de la ciudad).

Hace unos pocos meses había puesto el arma en un rincón de mi pequeño closet, de mi pequeño cuarto alquilado de Greenpoint, y había pospuesto el proyecto. Pero lo he resucitado hoy y por eso estoy aquí, en este *dinner* al final de la calle. Tal vez había sido miedo, digamos la verdad. Pero no lo será en ésta. He de meterle una bala en el culo a cada uno de esos idiotas útiles que mastican allá afuera. Sobre todo al gordito aquel con la camiseta de los *Mets*. Siempre he querido meterme con unos de esos blanquitos que me encuentro en el tren 7 cuando voy a jugar fútbol al *Flushing Medeaws Park*.

Ya ni sé a qué horas se jodió todo en este país. Algo se quebró más de lo que ya estaba. Las distancias se volvieron más abismales. Una grieta se extiende sobre la losa de mármol. Todo era tan distinto antes. El dólar era el rey. El dólar lo podía todo. El dólar nos unificaba, nos hacía sentir parte de un todo monolítico. Todo lo comprabas con un dólar. Sentías que estabas en familia si tenías la cara de George Washington en tus bolsillos. Hoy en día un dólar no te sirve ni para dejar en las pistas de *striptease* ni para comprar una *donut* ni nada. En el tiempo del que hablo, en cambio, contaba el factor dinero. Bueno, ya ustedes se habrán dado cuenta de que, para un pobre como yo, el dinero era lo único que podría

interesar. El dinero, cuando es fuerte, está por encima de razas y religiones. Imagínense. Yo venir de un contexto así medio intelectualoide de nobleza arruinada, yo venir del país donde las mujeres tienen que volverse putas con pedigrí porque el mero sueldo no alcanza y donde en cada semáforo hay una familia de desplazados pidiendo limosna, y de un momento a otro tener todas esas propinas con billetes de 20 dólares en la mano.

Voy a hablar con franqueza de este país. Podría decir que la historia reciente de este país se podría definir con el nombre de un documental que yo estaba filmando sobre la década de los 70's para mis clases en la Universidad de Columbia y que ya no podré continuar después de que mate a estas bolas de grasa con patas y después de que yo mismo me vuele la tapa de los sesos. Lo podríamos llamar: EL DÍA EN QUE LO POBRES TUVIMOS DINERO. Sería un título perfecto para definir a la Norteamérica de aquella época. Llegaban latinos de todo el cono sur, me acuerdo; de Chile, de Ecuador, de Bolivia. Bueno, antes de que sucediera lo del Euro y todas esas cosas. Luego, ya la cosa se fregó. Luego, ya los pobres fuimos otra vez pobres. Pobres de bolsillo, pero sobre todo pobres de otra cosa más importante: pobres de ubicuidad, pobres de sentido de pertenencia. Pobres de espíritu. Sin embargo se nos había olvidado. Y lo peor, no supimos aprovechar

esos tiempos dulces. Tuvimos que volver a aprender como éramos entonces, antes de venir aquí y antes de que la economía se viniera abajo.

Voy a decir ante esta cámara lo que pienso y siento: no tiene sentido venir a la USA para terminar llevando una vida de servilismos. A la USA hay que venir para ser amo y señor. Uno aprende mucho de dignidad por estas tierras. Tal vez ese sea mi gran conflicto, mi gran frustración: el de no haber tenido los cojones para aceptar aquellas invitaciones. *You know*, que "mira, tigre, te vamos a dar 20 mil si me cuidas una casa en Long Island por este *weekend*. Solo tienes que llevar esta 9 eme en la pretina y estar pendiente de que nadie se acerque mientras nosotros vamos sacando la mercancía. Si ves que alguien se acerca... ¡pum! tu disparas primero y luego nos avisas". ¡Ay! Si hubiera aceptado esos 20 mil y luego aquellos otros cien mil por ir a cobrar dos millones a la Amsterdam Avenue en el *Upper*. No estuviera aquí lamentando lo cobarde que soy.

Mi desilusión total me sobrevino esta última vez que estuve en el pueblo. Y juro que va a ser la última. No pienso seguir con esta mierda de vida. Y es que, de repente, lo vi todo tan claro. Es muy duro eso de ir con la intención de quedarse a vivir en tu patria, de apostarle a tu tierra natal y de no poder hacerlo. Mirar a tu alrededor y ver todo aquello. Autobuses

con músicas del demonio a todo volumen; nadie usando *i-pods* en las calles; nadie leyendo en los parques ni en ningún otro sitio público. Y mejor no hablar de las calles inundadas después de cada nuevo aguacero y las masas con el agua hasta el cuello. Y lo peor de todo: ¡tanto mendigo! Mendigos en los centros comerciales y en las puertas de los teatros. Mendigos en los programas de radio y en cualquier cuchutríl en el que te sientes a tomarte una coca-cola. Los mendigos son lo peor. Los mendigos saliéndote hasta de la sopa. ¿Dónde se había metido la gente linda de Park Avenue?

Cuando viajaba al pueblo en los 90's, me acuerdo, me daba mucha risa ver la cara de mis amigos de la juventud. Íbamos en sus autos a las fincas ó a los clubs donde estaban afiliados sus padres y celebrábamos que nuestras folclóricas luminarias musicales estuvieran triunfando en el exterior y que salieran al lado de otras luminarias internacionales por lo menos en esa revista donde ahora Daniel Samper Ospina salía haciendo el periodismo que mejor sabemos hacer los colombianos, o sea el periodismo burletero, y entonces venía un *ñero* a limpiar el parabrisas de nuestras burbujas. Me daba risa porque en la radio casi siempre estaba sonando uno de esos grupos glamurosos como Radiohead o como Air y yo me ponía a pensar, "¿Cómo hacen para disfrutar de estos sonidos tan *chill out*, tan *lounge*, y

con este paisaje tan destartalado de fondo? Yo mejor me devuelvo para Nueva York. Que se aguanten la miseria colombiana los ricos en ese trayecto que va de sus búnker hasta los *mall*. Se la merecen".

En este siglo dicen que las cosas están mejor. Pero hay que viajar para darse cuenta que las cuentas alegres de Uribe son solo eso. Cuentas alegres. La pobreza sigue siendo la misma. El paisaje urbano no se modifica. El miedo a que te roben se ha intensificado. Por eso me vine. Porque no me aguantaba tanta realidad maquillada en los noticieros, tanta miseria camuflada entre titulares de prensa. ¿De qué sirve tener una élite política tan universal si no hay *wi-fi* en los parques y si no podés sacar tu *Mac* tranquilamente en cualquier cafetería? ¿Por qué siempre habrá unos ojos envidiosos que se enamoren en todas partes de vos? ¿De qué sirve tener una clase alta tan rica, pero tan inepta para administrar los bienes colectivos?

¿Por qué en Colombia no hay un sistema de trenes en todas las ciudades y por qué no hay vino gratis en las galerías de arte? ¿Por qué no hay galerías de arte en Colombia en forma masiva? ¿Por qué en Colombia todavía tenemos las mismas chatarras de carros andando por las ciudades? ¿Por qué esos carros no respetan los semáforos y se estacionan en las cebras mientras esperan la luz verde y por qué los

motociclistas se montan por las aceras? Ahora entiendo por qué la gente que se cree de mejor familia pega pa´ Miami con tanto indio caribajito caminando por los centros comerciales del pueblo.

Vuelvo a la cara de mis amigos escuchando Led Zeppelin mientras se transita por un sector lleno de fritanga y talleres de mecánica y de bailaderos de chucu-chucu. ¡Cómo para morirse de la risa! *Welcome To Machine* sonando mientras se sobrepasa un potrero donde unos niños semi-indígenas juegan al fútbol con una pelota de trapo; algo así como el video de El Temblor, cuando Cerati disfrazado de Robert Smith camina por unas ruinas prehistóricas o cuando el vocalista de Caifanes lidia con su melena glacial en medio de un desértico clip de 40 grados a la sombra. Y me eximo de entrar en otros sonidos donde el artista da cuenta de un mundo verdaderamente *metropolis*, pero que allá, en el trópico subdesarrollado, escuchándose porque se escucha.

Fue muy fuerte todo aquello. Encontrar que la mitad de los amigos se habían exiliado y la otra mitad llegando al Encuentro Anual de Egresados de Medicina con sus esposas radiantes y sus hijos rebosantes de alegría; bajándose de sus *Pegout* y yo arribando en esos buses interurbanos de los 70's pero en pleno siglo 21, porque no supe aprovechar las oportunidades cuando se me presentaron con mis

tíos de Nueva York. Luego salir por la calles y notar que todo el mundo te mira de arriba a abajo cuando te cruzan por la aceras. ¿Por qué la gente en el pueblo es tan repadora y no puede andar la ciudad sin mirar qué llevas puesto o quién es tu acompañante ó en qué carro vas montado?

He aquí las reflexiones de un inmigrante con logros en Nueva York, antes de cometer la proeza más importante de su vida. No soy ningún veterano del Vietnam al que la guerra le ha dejado traumas incurables. Simplemente soy un colombiano de vieja data, en el primer mundo, con un tibio balance frente a la vida: un apartamento en el pueblo y otro par de inversiones más, que me desfalcan más de lo que me producen. Una ex-esposa que me odia y un puñado de hijos que me ven como basura espacial. Del resto, xenofobias adquiridas en La Gran Manzana y habilidades para detectar a aquellos quienes son superiores a mí. Un seno maternal desintegrado por las migraciones de mis hermanos y no mucho más. Tan solo un detalle: odio los gordos y eso contribuye a que me odie más de lo que más me odio. Por eso los primeros que van a caer en este *dinner* son los gordos como yo y luego esos chinos que se han colado con bolsas en la mano, mientras ofrecen de mesa en mesa su *dvd's* piratas. También he de borrar a los latinos que se humillan en la cocina y al manager que le cuidaba la espalda a la *Taco Bell* y

ahora, según me ha dicho en conversaciones esporádicas, lo ha empezado con los dueños de este *dinner*.

Espero que este video pueda ser visto algún día al interior de la opinión pública norteamericana. Espero que sea como uno de esos videos de los psicópatas que le dieron la vuelta al mundo y que sirvieron como ejemplo a otros psicópatas. Como pueden ver, tengo puestos estos pantalones camuflados que nunca pude usar tranquilamente en el pueblo, porque allá los buenos soldados de la patria se enamoran de ellos y te los quitan con el más arbitrario de los descaros. Así es en algunos pueblos cuando están en guerra; uno no puede vestir lo que se le da la gana. Pero como estoy en la libertina y mediocremente intelectual USA, también luzco una gorra, igualmente de tonos militares, y un chaleco y unas botas con punta reforzada de acero.

Cargo el fusil. Abro la puerta. Miro el campo de batalla. Todo en su sitio. Más consumidores de los que me esperaba en las máquinas dispensadoras de soda, y en la fila de pedidos. Salgo y empiezo a disparar.

EPÍLOGO

Ahora escribo esto desde Cali, atestiguando cómo la familia de Andrés explota despiadadamente su muerte. Hacer del dolor un sello comercial, pareciera ser el nuevo pasatiempo más rentable de sus afortunados victimarios y el deporte nacional de un país que se desangra. Una suerte de oportunismo funerario, digamos. Hasta los mocos que Andrés dejó pegados en las paredes de San Antonio, ahora son empacados al vacío por sus rapaces "pocos buenos amigos" y vendidos en las librerías de esta melancólica ciudad, bajo el mismo eslogan que tantos réditos económicos ha brindado: ***"Se mató a los 25 años"***. Bueno, tal vez un poco como mi caso, y tal vez por eso yo haya venido a parar acá al lado de ella y de Andrés. Me han disparado en Estados Unidos, pero yo he logrado cargarme a un buen puñado de vanidosos pretenciosos antes de que vinieran los tombos y me dispararan ellos a mí, y el cielo es exactamente a como me lo había soñado. Paso los días tirado al lado de una piscina muy azul, con una lata de cerveza helada y un periódico y una mujer al alcance de la mano, y 30 grados de temperatura en promedio, y un teléfono celular. A veces vienen los hijos de los vecinos y rompen la calma del agua de la piscina y me preguntan por este orificio que tengo en

la frente y yo les cuento que es un balazo que me pegaron los policías mientras le disparaba a un montón de analfabetas adinerados y entonces los vecinos enanos me ofrecen tragos de ron *"straight"*, pero Andrés es quien se lo toma, y luego los hijos de los *traquetos* lanzan sus gritos al sol y se empiezan a contar historias mafiosas de sus padres muertos en manos de otros narcotraficantes reconocidos mientras se broncean y yo les digo que no dejen morir ese legado mágico, que a los gringos hay que derrotarlos envenenándole esa cabeza a punta de *perico*, que lo piensen bien, que después no se vayan a arrepentir por no trabajar en la única industria importante que tenemos para dejar de ser un país de tercera categoría, y entonces luego se van por donde vinieron y entonces pasan los vigilantes de esta unidad residencial, cercada con mallas electrificadas y sistemas de circuito cerrado de televisión y yo le pregunto a mi mujer por el estrato de este barrio y ella me dice que es seis o siete, que no está muy segura y que limita con una universidad pública y que no puede entender los contrastes.

Para comprobarlo, yo salgo de esta urbanización y cruzo al otro lado de la calle con mi mujer y efectivamente vemos que nuestro cielo estrato 8 es un oasis de modernidad en medio de un sistema de potreros muy parecidos a los de Medellín en la década de los 70's. Al oeste Unicentro, al norte Jardín Plaza,

al este Macro y al sur nosotros y el adefesio éste de universidad pública.

Me pongo en contacto con un montón de verde como el que me vio crecer, cuando estaba en la infernal Terra, en medio de una ciudad que apenas se construía, y me interno en el centro educativo y me aterro de que todos estos estudiantes mal vestidos lucen desnutridos a pesar de unos avisos destartalados que anuncian almuerzos gratis. Sigo avanzando y veo estatuas del Che Guevara cada dos por tres y jardines descuidados por doquier: "Jardines Hippies", pienso. Grafittis y más grafittis. Esta universidad es como el resto de Colombia. Pura dejadez en nombre del subdesarrollo y la desigualdad. ¿Por qué no hay botes de basura en cada esquina de esta ciudad? ¿Por qué hay tantos cuadrúpedos atropellados y con las tripas afuera por las carreteras colombianas? ¿Por qué los animales domésticos andan sueltos por las calles?

Volvemos a la unidad residencial mi mujer y yo y nos tumbamos de nuevo a broncearnos al lado de la piscina, donde nos espera Andrés nadando al estilo mariposa.

Pasan los vigilantes y nos saludan. Todos aquí nos conocen como los nuevos del 201. Todos aquí sonríen. Todos aquí, pareciera, que no se enteraran

de que viven rodeados por la más cruenta de las guerras civiles. Todos aquí nos ocupamos de cosas más importantes como los efectos del *jet lag*.

Doy un sorbo de cerveza. Me pongo unas gafas, cierro los ojos y dejo que los rayos del sol tropical arrullen mis sentidos. Qué lindo se ve el azul de la piscina cuando la tarde empieza a caer y las luces de la unidad residencial se encienden anaranjadas y se derraman sobre la superficie del agua, sobre las pequeñas turbulencias subacuáticas que hacen Andrés y ella, y van a posarse sobre la loza del fondo, al tanto que Andrés y ella sacan sus cabezas para respirar mientras dan alguna brazada y cuando miran hacia el cielo, hacia las palmeras en el momento en que se pavonean con todos sus verdes posibles, pero que en la noche se tornan negras.

2. CONFORT AL PARQUE

Allá en Queens donde las calles son planas y los parqueaderos de los supermercados en cada esquina parecen pistas de aeropuerto, viven ciudadanos de montaña. Mr Plomo, quien tontamente ahora puede hablar de sí mismo en tercera persona, se admira de cómo aquellos montañeros, tibetanos, paísas, mexicanos, chinos, peruanos, bolivianos, japoneses, guatemaltecos, tratan a sus perros. Sentado en una de las bancas del 625 park de la 88 street, observa a un Akita tirando de la cuerda en la mano de su amo.

El amo pasea a su mascota sin afanes, le limpia la caca y echa los bollos en una bolsita y luego en un bote. El Akita mea varios árboles y ambos, perro y consorte, desaparecen al doblar la esquina. Cinco minutos después, aparece un San Bernardo con el mismo amo. Debe tener dos perros el ciudadano este. Dios y aquel buen hombre sabrán por qué no sale con las dos mascotas al tiempo. Caca, bolsita, miaos, patica, árboles y chao. El ritual.

Mr Plomo, nuestro personaje de turno, escucha la mañana y su ruido y hace énfasis en la conversación de tres árabes madrugadores de la banca contigua. Al fondo se pueden ver los *jumbos* aterrizando sobre la pista de La

Guardia, pero Mr Plomo de aviones ya está harto hasta la coronilla. Luego aparece el mismo buen hombre del Akita y del San Bernardo, esta vez con un pastor ovejero. Vuelta al parque, ritual y chao. Doblada de esquina. Una persona que tenga la paciencia de ejecutar alguna rutina puede ser un digno miembro del primer mundo. Debe serlo. Merece la ciudadanía norteamericana este tipo.

Pero el asunto no acaba allí. Luego vemos al paseante de perros jalando del collar de un Pittsburg y después de un Doberman y más tarde de un Sharpeing y así durante más de una hora, Colins, Chow-chow, Setter Irlandés, Labrador, ¡Dios mío! ¡Este hombre es un santo! ha recogido más de dos bolsadas de bollos. Cualquier dinero es poco para tanta mierda junta. Alguien ha logrado por hoy mantener este parque libre de caca de perro. A Mr Plomo también le deberían otorgar un reconocimiento. El solo hecho de dilapidar el tiempo cuenta para algo. Pasan los minutos. Mr Plomo no pone interés en nada, pero sospecha que el tipo de los perros se gana los dólares paseando perros gigantes. Debe ser un especialista. En este país todo el mundo se especializa en menesteres inútiles. De seguro el próximo sea un Dálmatas o un Pastor Alemán. Mr Plomo qué sabe. Prefiere fumarse un Camel mañanero sin filtro. ¡Ahh!, piensa en los parceros de Medallo. Ellos en su lugar estuvieran pegando un baretico. El parque es impecable. Los aviones pasan a la altura de los semáforos. Los autos son último modelo. Wow. Niños vendiendo limonada en las esquinas.

Melodies de camiones de helados. ¡Oh!…

Allá en Queens los gringos toman baños de sol y lucen tan ridículos como los antioqueños arribistas (¿no es esto un pleonasmo, o acaso una suerte de redundancia?) que venimos en busca del sueño americano y nos vamos a vivir a Manhattan. Allá en Queens y en Manhattan y en Brooklyn, Mr Plomo aguza la vista y se entera de que todos tienen un collar de perro amarrado al cuello. Los efectos digitales se toman el centro del mundo . Suenan violines. Alguien saca a mear a alguien. Nueva York es pura poesía señores.

3. ESCUELA DE CALOR

Aquí estoy en una banca de un parque neoyorkino a 88 grados a la sombra. Acabo de terminar una jornada de trabajo y ella no creería en lo que estoy ganándome los dólares. Martes y jueves y sábados me toca enseñarles a Nicholas, a Kevin, a Emmanuel y a Sasha cómo es que se patea un balón. Bueno, además les enseño cómo es que se cabecea, cómo se para de pecho, borde interno, borde externo, empeine. Nicholas y Sasha son brasileiros y hablan portugués e inglés. Kevin es mexicano y no le gusta ponerse el uniforme de la escuela porque se parece al de la selección Colombia y él es hincha del Téxala, así que va a entrenar con la camiseta de su equipo. Emmanuel es gringo, pero le gusta hablar en español. Una de mis funciones es estarles preguntando: ¿*You tired*? ¿*You tired*? Y ninguno supera los *cuatro years old* . Si a mí me hubieran entrenado a esa edad a pararla con el pecho, hubiera ido a cuatro mundiales.

Pero ya estoy cansado de permitir que los *boys* se me vuelen cada cinco minutos a tomar agua. Entonces, y así las reglas no me lo permitan, le digo a cada *boy* sediento que le toca hacer las veces de balón de fútbol por cada

ida a tomar agua. Y entonces, los otros *boys* lo agarran a patadas y así sucesivamente con todos los niños que me piden permiso para ir a tomar *water.*

Eso de las patadas a los niños neoyorkinos les encanta. El problema es que sus padres no hacen muy buena cara que digamos. Así que, cuando ellos vienen, nos convertimos en una verdadera escuela de soccer, pero cuando estos buenos padres de familia se van, los niños se patean el culo a rabiar. Somos de todos modos, un club de las patadas.

Sin embargo el problema sigue: Nicholas es el niño gordo del grupo y además es como medio masoquista, pues se la pasa, déle que déle, cada minuto pidiéndome permiso para tomar agua. Total, ya me cansé de estarlo resucitando al gordo hijueputa ese, y tuve que volver a lo del balón de fútbol convencional. Y en ésas se me van las horas laborales. *I´m tired*, *ió´* .

4. EL REY DEL REQUEÑEQUE

Ya esta (tilde), lo hice y no me dio demasiada vergüenza ni placer (punto) Me da mas (tilde) vergüenza contarlo y un poco placer de escribirlo (punto)

Lo hice delante de toda la gente a plena luz del dia (tilde) en una estacion (tilde) del tren (punto) Habia (tilde) entrado a restaurantes y farmacias en busca de un pretexto y no lo tenia (tilde) y no lo tuve (punto) Solo (tilde) lo hice y no fue el gran asunto (punto) Nadie me dijo nada y aquí (tilde) estoy (coma) eso si (tilde), me asegure (tilde) de que no hubiera policias (tilde) (punto).

Me hubiera gustado que fuera un árabe, pero fue un chino. Un chino de más, un chino de menos, qué más da, a quien (tildes) le importa. (Abre signo de interrogación) No dicen por ahí que son muchos? (Abre signo de interrogación) Mas tilde de la mitad del planeta?

Lo hice, aun tilde sabiendo que los chinos con los que me cruce tilde durante la noche fueron muy amables y algunos normales; tanto que mi opinión de ellos cambio

tilde radicalmente. De todos modos, lo hice. Hubo sangre por todas partes y las paredes del Gran Central quedaron manchadas. Se me hacia tilde tarde para ir al trabajo y lo hice. Punto.

Son buena gente los chinos.

5. ENVIGADO PROFUNDO

Caen las sombras. La calle está llena de muertos invisibles. Los árboles se mecen y cantan su juglar de tristeza y horror. Espanto y miseria. Olga lleva varias semanas sin revisar el correo electrónico. Paliativo de soledad.

Olga entra a la página de Yahoo, chequea su buzón. Demasiada basura electrónica es la constante. Unos cuantos mensajes de sus amigos en Colombia. Ofertas de concursos cyber espaciales. Noticias provenientes del website de DIESEL. Titulares de TERRA.COM.   Y el e- mail que siempre esta esperando: un saludo de su hermano con poemitas y canciones creados por él mismo. Esta vez, Caliche, luce un poco melancólico. La canción de turno habla de zeppelines atacados por tormentas y pájaros azules.

A la semana siguiente, los poemas son un poco más oníricos y Olga los lee con el mismo beneplácito de siempre. De toda la literatura que consume en Internet, los poemas de su hermano son los más inocentes y sinceros. Olga es traductora de libros para niños y a

diario, por razones de trabajo, tiene que enfrentarse al monstruo virtual. ¡Ah! cosas que le ha tocado leer.

Una vez en la cama, Olga trata de conciliar el sueño, pero es interrumpida por un siniestro repicar de teléfono y la funesta noticia de que su hermano en Envigado ha muerto. Olga cuelga el teléfono y se dopa y se mete dos rayas de Perico y media botella de Vodka y un cigarro entero de Hydro. Acto seguido, se desploma en el suelo del baño.

Días después, Olga abre los ojos y el baldosín del baño no le parece familiar, pero eso no importa; ella tiene que encender la computadora. Necesita revisar los últimos correos, ver en qué fecha y a qué horas fueron mandados, analizar su contenido, indagar sobre lo que había en la cabeza de su hermano antes de morir, mirar con lupa, revisar si ella, o alguna otra figura familiar, tenían dosis de culpabilidad en el hecho de que Caliche se hubiera metido un tiro.

Efectivamente, Carlos mandó sus poemas 24 horas antes de tomar la decisión; día y medio antes de ser hallado su cadáver en la banca de un parque con la 22 en la mano. Los poemas contienen imágenes grandilocuentes, genotextos impresionistas, entrelineas religiosas, hipertextos efectistas, pero ningún pasaje le produce ideas de muerte, a Olga, o sensaciones de autodestrucción. En

cierta época, Caliche, manifestaba conductas bipolares como regalar en las reunions familiares, a los parientes menos allegados, pedazos de cuerpos humanos recién mutilados; incendiar niños en las puertas de las escuelas o tirar perros desde las azoteas. Pero ello había sido parte de un etapa oscura francamente superada.

En particular, le había llamado la atención, a Olga, una metáfora de un ángel eléctrico arrastrándose por la calle. Recordó que los Ángeles Eléctricos estaban en aquella canción que a ambos tanto les gustaba, y que una noche, cuando la escuchaban y paseaban por la costa, él dijo: "Un día cualquiera voy a desaparecer, ¡puf!, esfumarse y desaparecer"

No había duda. Ahí estaba la clave, el mensaje cifrado que Olga estaba buscando.

Olga se miró en el espejo el tatuaje, que aquella noche de la costa, ambos se habían dibujado. Era un camaleoncito gris con las patas para arriba y a la altura del riñón. Olga puso dos dedos entre sus labios y los besó. Luego, llevó los dedos al camaleoncito, cerró los ojos y se despidió en silencio de su hermano, "Gracias por despedirte", le dijo a su vez.

De camino a la oficina, Olga siente que algo le remuerde la conciencia. Baja por la Northern Boulevard, sobrepasa

el Castle Heights, el Mark Twain Restaurant, Donkin Donuts, el Car Wash y los puentes to Manhattan. Se acuerda que anda bastante retardada en el trabajo - un libro de mitología noruega para niños -, pero no es eso lo que le preocupa. El verano empieza a languidecer y las primeras lluvias del otoño hacen su entrada. Nueva York le parece una gran bóveda sepulcral. Pasa por la Brodway, mira hacia la acera, ve un Café Internet y cae en la cuenta de que nunca le respondía los e–mails a su hermano. A veces por falta de tiempo, a veces por la ingravidez, a veces por la inercia, y acaso, por cierta suerte de apatía general. He ahí su espinita. El hierro moral; una dama del siglo 18 que nos toca a la puerta con rosas negras en la mano.

En el piano del Café Internet alguien echa un quarter y suena Modern Love de David Bowie. Olga llora largamente. Es un llanto dulce que no le deja salivar. Un nudo en la garganta. Un deseo intenso de seguir la canción y no poder, de cantar algo, lo que sea. Un ligero escalofrío. Temblor de labios. Fiebre. Sudor. Resaca.

Olga despierta en brazos del barman del Café Internet. Ella pregunta qué ha pasado y alguien le dice que se desmayó. Olga pide un computador; Necesita, urgente, enviar un e-mail. Ahora suena Stop your sobbing de Pretenders y luego New York City Ghosts and Flowers de Sonic Youth y luego Wild Days de aquel grupo pop que

nunca identifica: como para cortarse las venas, piensa Olga. El barman le hace tomar un vaso de agua, le asigna un turno y Olga teclea. Es una carta para su hermano. Ese e-mail que nunca le envió en vida. Abre la bandeja de entrada: no lo puede creer. Hay un correo de Caliche, escrito hace dos horas. Le cuenta que todos los viejos amigos asistieron al entierro de ella en Colombia. Que, qué lástima que no hubiera vuelto sino muerta. Y que la extraña mucho.

TODOS LOS RELATOS ESCRITOS EN EL 2001, EXCEPTO *´EFECTOS JET LAG´*